



**IMAGINARIO MÍTICO AMERICANO.
DEL EDÉN Y LA ATLÁNTIDA A LAS CIUDADES DORADAS DE OFIR**

Juan Chiva

Universitat de València, España

Recibido: 15/08/2021

Aceptado: 14/09/2021

RESUMEN

Durante los siglos XVI y XVII, al confirmarse que el Atlántico no era el final de la tierra sino el nexo de unión con otros continentes, algunas de las leyendas de ricas ciudades o reinos desconocidos se trasladaron de los márgenes del océano al continente americano, como sucedió en el caso del Edén, la Atlántida u Ofir. Al mismo tiempo, la búsqueda de estas ciudades doradas generó una mitología territorial americana propia de la era virreinal: El Dorado, Paititi, Cíbola o Quivira impulsaron exploraciones y colonizaciones en los confines de la América hispana. En este texto se analiza la resignificación de estos mitos en el continente americano y su influencia sobre grabados, pinturas, decoraciones al fresco o festejos.

PALABRAS CLAVE: mito; resignificación; exploración; ciudades perdidas; océanos.

**AMERICAN MYTHICAL IMAGINARY.
FROM EDEN AND ATLANTIS TO THE GOLDEN CITIES OF OPHIR.**

ABSTRACT

During the sixteenth and seventeenth centuries, when it was confirmed that the Atlantic was not the end of the earth but the link with other continents, some of the legends of rich cities or unknown kingdoms moved from the margins of the ocean to the American continent, such as it happened in the case of Eden, Atlantis or Ophir. At the same time, the search for these golden cities generated an American mythology of the viceregal era: El Dorado, Paititi, Cíbola or Quivira promoted explorations and colonization in the confines of the Hispanic America. This text analyzes the resignification of these myths in the American continent and their influence on engravings, paintings, frescoes or celebrations.

KEYWORDS: myth; resignification; exploration; lost cities; oceans.

Juan Chiva. Profesor Contratado Doctor en el departamento de Historia del Arte de la Universitat de València y Doctor en Historia del Arte por la Universitat Jaume I (2009). Sus líneas de investigación giran en torno a la visualidad del poder, el festejo y el arte efímero, desarrolladas en diversas estancias en la EEHA de Sevilla, la UNAM de México, la UCLA de Los Angeles, el Getty Reserarch Institute, el Warburg Institute de Londres o la Università degli Studi di Napoli. Fruto de este trabajo es la monografía *El Triunfo del Virrey* (2012), y en coautoría seis volúmenes de la serie *La Fiesta Barroca*, dirigida por Víctor Mínguez. Ha participado en cuatro proyectos y es IP de otro, “Los ancestros de Carlos V y el inicio de la fiesta moderna”.

Correo electrónico: juan.chiva@uv.es

ID ORCID: 0000-0002-6592-308X

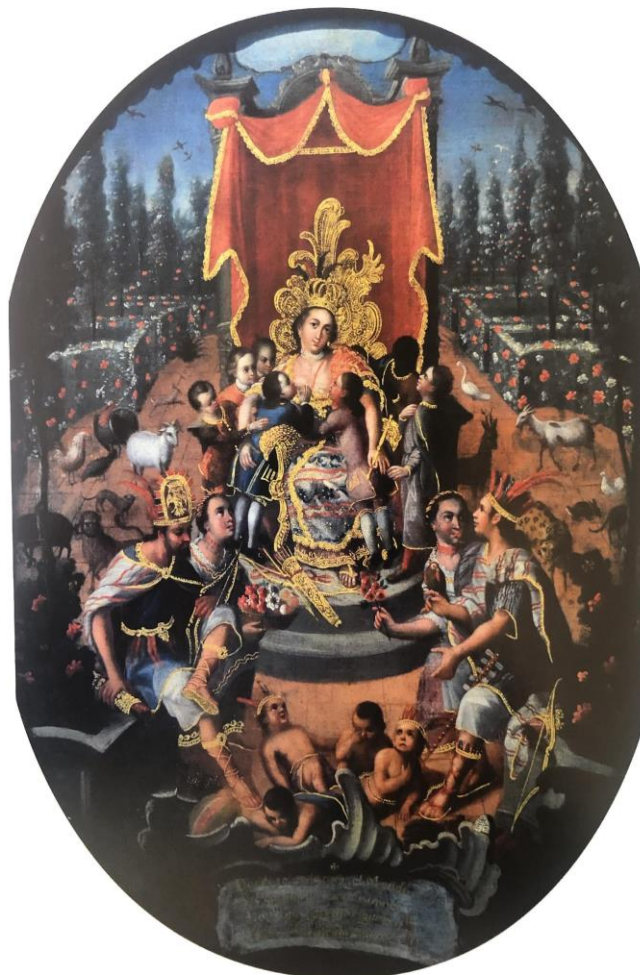
IMAGINARIO MÍTICO AMERICANO. DEL EDÉN Y LA ATLÁNTIDA A LAS CIUDADES DORADAS DE OFIR

En la Ciudad de México, en colección particular, se conserva un lienzo anónimo fechado en el entorno del año 1770 y titulado *Alegoría de la Monarquía Española con los reinos de México y Perú*, que muestra una matrona entronizada, con carcaj y arco a sus pies, amamantando a un grupo de niños, mientras en la parte inferior aparecen representaciones de la Nueva España y el Perú, acompañadas de Moctezuma y Atahualpa (**Fig.1**).

A través de la inscripción y el hecho de que alrededor de la caritativa matrona aparecen niños españoles o africanos¹, mientras en el suelo se retuercen niños indios, Jaime Cuadriello interpretó este interesante constructo visual como un eco “tardío de un tópico del criollismo temprano” (CUADRIELLO, 2018: 424-425), el de la corona generosa con los forasteros y dura con sus propios hijos. Dejando de lado el impactante mensaje político de la obra, nos interesa en esta ocasión incidir en el espacio en el que se desarrolla la imagen, una exuberante naturaleza poblada de árboles, arbustos y flores de varios colores, donde se mueven guajolotes, cabras, cerdos, liebres, armadillos y felinos, un verdadero Paraíso Terrenal, el de la abundante América que amamanta en primer plano. En esta obra, como en tantas otras, se ha trasladado el tópico paradisiaco a la imagen de América, casi como un elemento más de su imagen alegórica. Los imaginarios míticos y legendarios, populares o literarios, tienen una enorme capacidad de adaptación y resignificación, equivalente a la de devociones y cultos: el conocimiento o conquista de nuevos territorios acaba por crear nuevos significados o nuevos contenidos a historias y leyendas que, en la mayor parte de las ocasiones, hunden sus raíces en las tradiciones clásicas mediterráneas.

¹ “Donde se ha visto en el Mundo / lo que aquí estamos contemplando / Los hijos propios gimiendo / y los extraños mamando”.

Figura 1: Alegoría de la Monarquía Española con los reinos de México y Perú, c. 1770.



Fuente: Colección particular, Ciudad de México.

La Atlántida, el Paraíso Terrenal o el Reino de Ofir aparecen en muy diversos textos paganos o cristianos, y en casi todos ellos el elemento común es el de la contraposición entre las tierras conocidas y aquellas desconocidas, entre lo humano y lo mítico, pero siempre con un límite claro: más allá de la península Ibérica y del archipiélago británico llegaba el *Finis Terrae*, el vacío, la inexistencia. Sin embargo, el proceso de descubrimiento europeo de América evidenciará que el océano Atlántico no

era el final del mundo, sino una vía de unión con un continente hasta entonces parra ellos desconocido. Una legión de intelectuales de los siglos XVI y XVII, como Athanasius Kircher, Antonio de León Pinelo, Carlos de Sigüenza y Góngora o Sor Juana Inés de la Cruz idearán complejos constructos literarios e intelectuales en los que se afanarán en aportar argumentos que mostraban al Atlántico como el último obstáculo hacia las tierras del mito, el lugar donde habitaban los descendientes de Cam, de Adán y Eva, de los atlantes o de los enriquecidos nobles de Ofir, que algunos exploradores no tardaron en intentar localizar en sus rutas hacia Quiviria, Cibola, El Dorado o la isla de la Reina Calafia. Todos ellos fueron nuevos argonautas, que como los compañeros de Jasón buscaban ya no la Cólquide y su vellocino de oro -motivo que inspira una de las retóricas del poder más impactantes de la Edad Moderna, la de la orden del Toisón de Oro- sino legendarias ciudades llenas de riquezas y antepasados clásicos o bíblicos (MÍNGUEZ, 2011:11-37; MÍNGUEZ Y RODRÍGUEZ MOYA, 2020).

Génesis americano. Un paraíso más allá del océano

La identificación y descripción del Edén, del Paraíso Terrenal que la tradición cristiana recoge de la judía, la persa y otras civilizaciones antiguas, fue una constante en los textos de la nueva religión desde la Antigüedad Tardía hasta la Edad Moderna: las tierras entre los ríos Tigris y Éufrates, las riberas del Nilo, el mítico reino del Preste Juan o las riquezas más allá del Ganges fueron, en menor o mayor medida, señaladas como espacios paradisiacos en crónicas y mapas medievales y modernos, aunque las fuentes medievales, de Jean de Mandeville al mapa de la catedral de Hereford, habitualmente imaginan este Edén más allá de Asia, al oriente de Oriente (DELUMEAU, 2005: 39.53; ARAGÜÉS Y PELLICER, 2016: 76) (**Fig.2**)². En casi todas las descripciones, se enumera de manera incansable ríos de enorme caudal, naturaleza exuberante y pródiga, árboles frondosos, fauna exótica, incontables riquezas naturales o abundancia de gemas y piedras preciosas. No es de extrañar, por tanto, que muchas de las crónicas de los primeros viajeros a América incidiesen de manera

² Para una detallada historia del Paraíso y sus constantes ver el clásico de Jean Delumeau (2005). José Aragüés y Rosa Pellicer (2016), destacan como se identifica con claridad los cuatro ríos que regaban el Paraíso, el Tigris y el Éufrates, y los no localizados Guijón y Pisón, que tradicionalmente se han identificado a Nilo y Ganges.

particular en señalar la abundancia de su naturaleza, y las conexiones evidentes entre esta y la del Paraíso, ideas que se hacen patentes incluso en las cartas y relaciones de los primeros viajeros europeos, de Cristóbal Colón y Américo Vespucio a Bartolomé de las Casas o López de Gómara. Debemos tener en cuenta que inicialmente esa asociación no contravenía ni las sagradas escrituras ni la tradición medieval, ya que los viajeros europeos habían surcado el Atlántico pensando que era justamente el océano que los separaba del confín de Asia, de los territorios del Paraíso, aunque no esperasen que entre ambos se hallase un nuevo continente. No en vano, Cristóbal Colón, en su tercer viaje, frente a una amplísima bahía en la que desembocaba un enorme río, creyó haber llegado a la desembocadura del Ganges, cuando en realidad se encontraba frente al Orinoco (ARAGÜÉS Y PELLICER, 2016, p. 79). Sin embargo, aunque los mapas del siglo XVI trasladan las bestias y animales fantásticos de Oriente a América, y los textos contemporáneos hablen de un verdadero paraíso, lo hacen más bien en términos retóricos, para referirse a la exuberancia de la naturaleza y la benignidad del clima. Un buen ejemplo es el de los textos del gobernador de la fortaleza de Santo Domingo, Gonzalo Fernández de Oviedo, que, en su *Historia general y natural de las Indias* y tomando como modelo al latino Plinio, glosa las maravillas americanas, la novedad de su flora, fauna y el modo de vida de sus habitantes (RUBIAL, 2010: 75).

Figura 2: Anónimo, *Mappa Mundi de Hereford* (detalle), c. 1300.

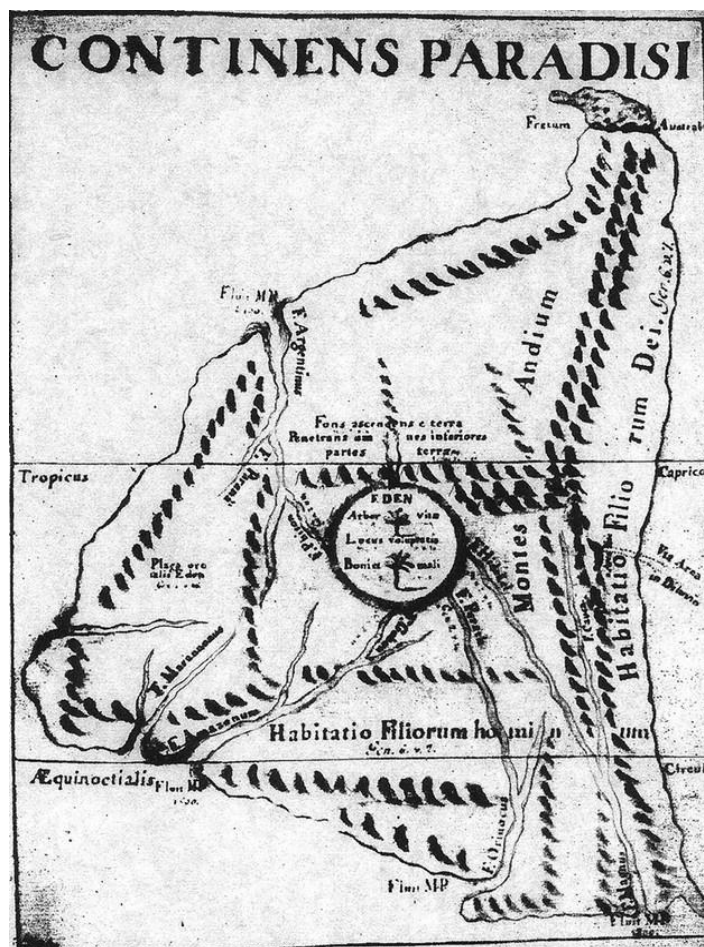


Fuente: Catedral de Hereford. El detalle muestra el círculo del Edén, en el confín este del mundo, y bajo un Cristo en majestad.

Será, sin embargo, a mediados del siglo XVII, en medio de cierto auge del debate religioso sobre el Edén, cuando en diversos textos se defiende, de manera clara, la ubicación del paraíso bíblico en América. Son varios los autores que defienden esta tesis, entre los que destacan Simao de Vasconcelos, Pedro de Rates Hanequim o Antonio de León Pinelo. Centraremos nuestra atención justamente en este último, que procedente de familia portuguesa de judíos conversos hará carrera en la administración hispana en América, pasando de Buenos Aires al Tucumán, y finalmente a Lima. Nombrado cronista mayor, tiene un papel clave en la recopilación de las *Leyes de Indias* que se lleva a cabo a mediados del siglo XVII, etapa en que también escribe una obra realmente impactante en cuanto a sus objetivos, *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales, Islas de Tierra Firme del Mar Océano*. Es un volumen que podemos enmarcar en la tradición de reflexión acerca del Edén que se produce también en Italia, Francia o España en estos momentos y que, partiendo de los textos del Génesis, dedica una amplia parte a refutar la validez de las tradicionales localizaciones del Paraíso una a una, para posteriormente enumerar largas listas de argumentos que demostrarían que éste no solo fue real, sino que además estuvo en el continente americano (ARAGÜÉS Y PELLICER, 2016, p. 87-

89). De nuevo, argumentos protagonistas son los volcanes, los enormes ríos, las riquezas naturales, la fertilidad de las tierras o la bondad del clima (DE LEÓN PINELO, 1656). El volumen viene acompañado de un interesante mapa elaborado según las ideas del propio León Pinelo, y titulado *Continens Paradisi*, que resume sus eruditas indagaciones sobre el tema aportando una localización concreta para ese Edén perdido milenios atrás (PELLICER, 2009) (**Fig. 3**). Este continente paradisiaco es justamente América del Sur, representada mostrando el sur en la parte superior del grabado, el océano Atlántico en la parte izquierda y el Pacífico en la derecha, con la cordillera de los Andes y los principales ríos bien visibles. En el centro, entre el Trópico y el Ecuador y rodeado de un grueso círculo, como en la tradición medieval, se marca el espacio paradisiaco, el Edén que guardaría el corazón del continente, con una esquemática representación en su interior del Árbol de la Vida y el Árbol del Bien y del Mal. Cuatro grandes ríos son también protagonistas del grabado y del libro – Amazonas, Río de la Plata, Orinoco y Magdalena-, que en la imagen rodean el Paraíso, y en el texto fundamentan relevantes argumentos para su localización americana, ya que León Pinelo dedica un gran número de páginas a evidenciar que estos cuatro cursos fluviales son, justamente, los cuatro que se nombran en el Génesis, nacen de la fuente del Edén y son origen de los ríos de todo el planeta (DE LEÓN PINELO, 1656).

Figura 3: *Continens Paradisi*.



Fuente: En León Pinelo, Antonio (1656). *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales, Islas de Tierra Firme del Mar Océano*, Madrid. Biblioteca Nacional de España.

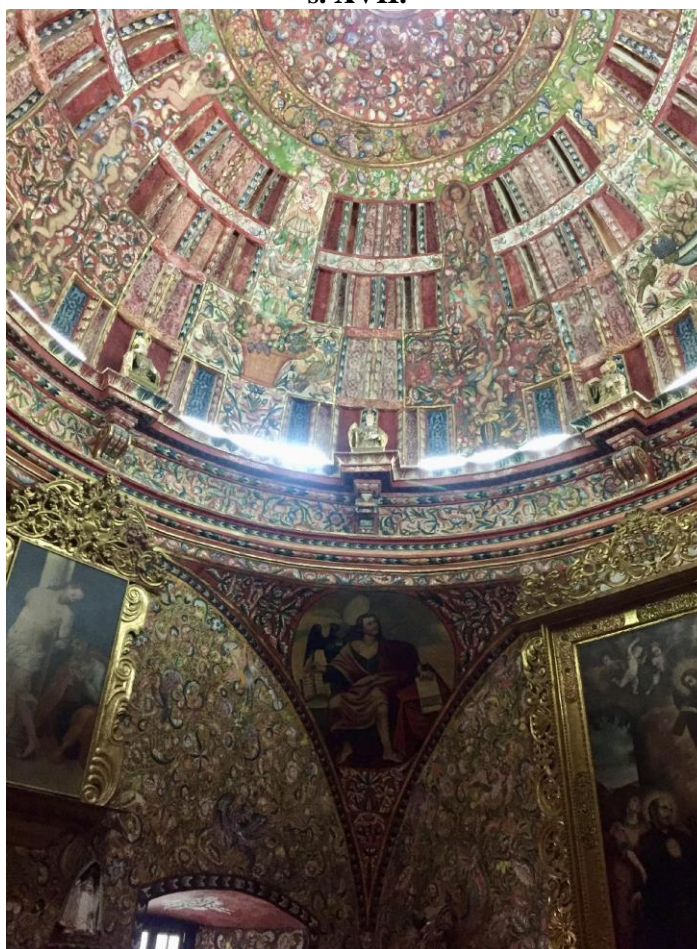
Destacamos un último elemento, que ayudará a interpretar la visualidad barroca del Paraíso en América: al otro lado de los Andes, en la costa pacífica del continente, León Pinelo marca la vía por donde el Arca de Noé, que habría sido construida en América, inició su singladura para salvarse del Diluvio. El cronista está apoyando que las americanas son tierras pobladas por los primeros humanos, e intenta reforzar sus teorías con todo tipo de alusiones a grandes edificaciones ruinosas en Nueva España y Perú, supuestamente erigidas en tiempos antediluvianos (DE LEÓN PINELO, 1656). Esta esencia de paraíso perdido antes del Diluvio parece existir también en ciertos detalles de cartas y crónicas del siglo XVI, como aquella citada por Américo Vespuccio: “Y vimos tantos otros animales que creo que tantas suertes no entrasen en el arca de

Noé” (RUBIAL, 2010: 74), que podemos interpretar como una crítica a las sagradas escrituras, o como una alusión a la América primigenia. De este modo, León Pinelo unía los Andes, lugar de partida del Arca de Noé, con el caucásico monte Ararat, donde tras el arribo de la nave se produciría la repoblación del mundo. Todo ser llegado posteriormente a América, sería un peregrino hacia las tierras de origen de la Humanidad.

Las teorías y construcciones intelectuales, más o menos imaginativas y en ocasiones entendidas como un erudito entretenimiento humanista lleno de citas y alusiones a los padres de la Iglesia y sabios de la Antigüedad tardía, tendrán un impacto limitado sobre las artes visuales, pero podemos destacar dos tipos de imágenes que nos pueden ayudar a entender la retórica de las representaciones del Paraíso en América: aquellas que muestran el Edén como parte de la historia sagrada y los espacios que evocan un paraíso entre sus muros. Un buen ejemplo de esta segunda tipología es la Capilla de San Ignacio, antigua sacristía, de la Iglesia de la Compañía de Arequipa, construida en el siglo XVII (WUFFARDEN, 2002). Sus muros y cúpula de media naranja están decorados con una extraordinaria viveza y exuberancia, recreando un frondoso ambiente tropical, que pueblan flores exóticas -algunas de las cuales se repiten en relieve en la fachada o en los pilares del claustro-, frutos y pájaros de un intenso colorido (**Fig.4**). Tradicionalmente se ha relacionado este espacio, y otros similares en todo el continente, con las misiones selváticas de la Compañía de Jesús y su ambiente tropical, pero es también evidente que están recreando un espacio paradisíaco, con sus elementos tradicionales -pájaros legendarios, flores de vivos colores, esmeraldas y piedras preciosas-, un Edén que León Pinelo había situado justo en el corazón de la selva amazónica, donde esas misiones jesuíticas se internaban desde Cuzco, La Plata, Brasil o Tucumán.

Por otro lado, las representaciones del Paraíso Terrenal, o alguno de los episodios bíblicos al mismo vinculado, serán también constantes en la tradición visual americana, como en la europea. Muchas de estas escenas, pinturas novohispanas o peruanas, no ambicionan más que una representación de un ciclo narrativo del *Génesis*, y de hecho recurren de manera bastante habitual a grabados para componer las escenas, como los de Johan Sadeler I, Jan Wierix, Antonio Tempesta, Karel van Mallery, Harman Jansz Muller, Caspar Luyken, Ernard Schoen o Louis Antoine de Marne.

Figura 4: Capilla de San Ignacio (antigua Sacristía), s. XVII.



Fuente: Iglesia de la Compañía de Jesús, Arequipa.

Pese a ello, tanto en la pintura cuzqueña como en la novohispana es bastante habitual que los pintores rectifiquen animales y plantas, e incluyan a aquellos propios de su entorno. Un caso especial es el de la pareja de pequeños óleos al cobre de Cristóbal de Villalpando, *Adán y Eva en el Paraíso* y *el Diluvio Universal*, fechado en 1688 y conservados en la capilla del Ochoavo de la Catedral de Puebla (**Fig. 5**). Un bosque poblado de flores y aves funciona de fondo para el transcurrir de la historia de Adán y Eva, en distintas escenas que se reparten entre sus masas arbóreas: la Trinidad dando forma al barro para modelar a Adán, la Creación de Eva, el Pecado Original, Dios Padre reprendiendo a los primeros humanos o la Expulsión. Dos elementos de esta particular visión paradisíaca son relevantes en la configuración de espacios míticos americanos: la adaptación de los animales y el hecho de que ambos fuesen regalados, como pareja, a la

catedral por el canónigo José Salazar Baraona en 1688 (GUTIÉRREZ HACES, 2006, pp. 373 – 374). La vinculación que Cristóbal de Villalpando idea entre ambas apunta directamente a América como ese paraíso antediluviano perdido, el cofre de la abundancia al que tuvieron que renunciar los primeros humanos. Sin embargo, a las inconsistencias de este imaginado Paraíso americano se unía la pregunta más evidente: si los humanos habían sido arrasados de la tierra del Edén tras el Diluvio, y habían repoblado desde el Ararat el planeta, ¿cómo era posible que al llegar Colón a América ésta estuviese poblada?

Figura 5: Cristóbal de Villalpando, *Adán y Eva en el Paraíso*, c. 1688.



Fuente: Capilla del Ochavo, Catedral de Puebla.

La construcción intelectual que permitirá explicar el retorno del ser humano a América tras el Diluvio, llegará poco más de veinte años después del volumen de Antonio León Pinelo, de la mano de dos de los grandes literatos del barroco americano, Sor Juana Inés de la Cruz, y, sobre todo, Carlos de Sigüenza y Góngora. Como explicó Víctor Mínguez, los arcos que ambos componen para la llegada a la Nueva España del virrey conde de Paredes se retroalimentan y hacen alusiones cruzadas, centrado el de la primera en la estirpe de Neptuno y el del segundo en los monarcas del antiguo México

(MÍNGUEZ, 2021, pp.81-199). Para vincular ambos textos y justificar la inspiración pagana de Juana de Asbaje, Sigüenza y Góngora dice: “Neptuno no es fingido dios de la gentilidad, sino hijo de Misraim, nieto de Cam, bisnieto de Noé y progenitor de los indios occidentales” (SIGÜENZA Y GÓNGORA, 1680: 11-20). Establece así una nueva secuencia entre Noé y los pobladores de la América prehispánica: de los tres hijos de Noé -Sem, Jafet y Cam- el último tuvo cuatro hijos que deberían repoblar la Tierra tras el Diluvio: Camaán, Kus, Put y Misráym. Éste último habría sido el repoblador de Egipto, mientras que su hijo Neftuim o Nepthuim -también conocido como Néptuno- habría hecho lo propio con América, siendo lícito por tanto que Sor Juana Inés de la Cruz le dedicase el magnífico arco de triunfo del *Neptuno Alegórico*. Esta compleja identificación la toma Sigüenza y Góngora de forma directa de Athanasius Kircher, que a través de las estructuras piramidales y de Misráyim y Neftuim vincula, en el volumen *Oedipus aegyptiacus* (1652 – 1665), las civilizaciones egipcia y precolombina, que serían descendientes directos de los atlantes, idea que recuperaremos en el siguiente apartado. De esta manera explica la cultura simbólica del Barroco el retorno de los humanos a América, el de los descendientes de Cam, compleja sucesión de la que, si bien no se ha rastreado un impacto directo sobre las artes visuales, Víctor Mínguez si identificó una especial relación con la inclusión de indígenas en fiestas, a través de emblemas, jeroglíficos y pinturas (MÍNGUEZ, 2021: 81-199).

Atlantes y neptunales cruzando el atlántico

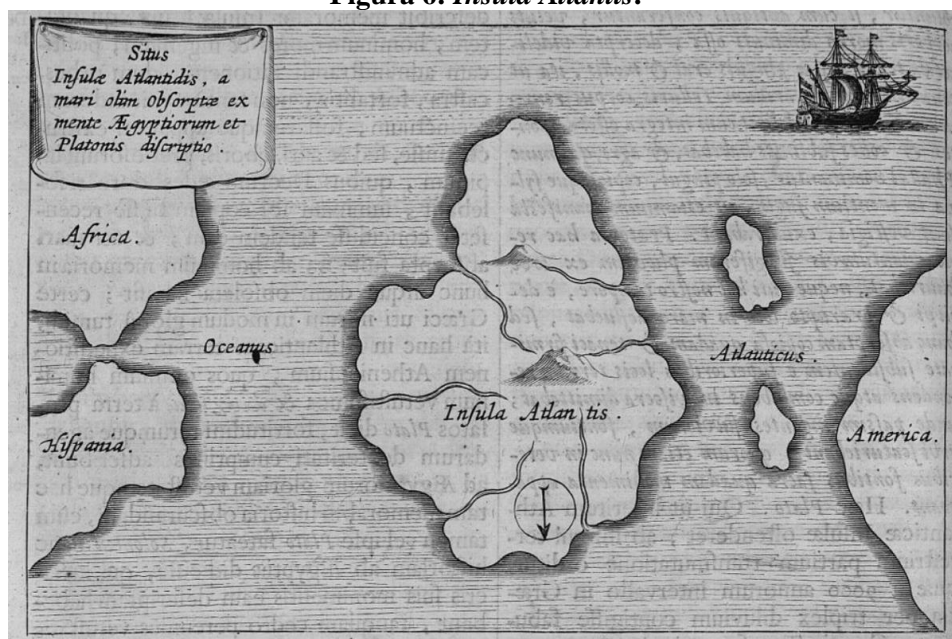
Si la cultura simbólica barroca incidió de manera especial en la identificación del Paraíso con el continente americano, uno de sus principales exponentes, el jesuita Athanasius Kircher, hizo lo propio con la relación entre América y la Atlántida, la isla legendaria que daría nombre al océano entre Europa, África y América, con origen en el *Critias* de Platón. El relato es bien conocido, y narra como éste oyó una historia que contaba un niño, que escuchó de su abuelo, al que se la transmitió el mismísimo Solón, famoso legislador de la antigüedad ateniense, al que se lo habían contado los sacerdotes egipcios de Sais, en el delta del Nilo. Se trata de la historia de una isla, situada frente a las Columnas de Hércules, más grande que Libia y Asia juntas, que se forma de una fértil llanura rodeada de un paisaje escarpado. Su primer habitante fue Evenor, de cuya

hija, Clito, se enamora perdidamente el dios Poseidón, manteniéndola cautiva en la montaña central de la isla, que rodea de tres anillos de agua para la protección de su amada. De esta relación nacerán diez hijos, siendo el mayor de ellos Atlas o Atlante -en cuyo honor se conoce la isla, la Atlántida, y el mar que la rodea, el océano Atlántico-, al que se entrega el reino que comprende la montaña rodeada de círculos acuáticos, y la autoridad central sobre el resto de los hermanos (MORGAN, 1998). Platón describe una Atlántida con abundantísimos recursos naturales, toda clase de minerales más ricos que el oro, espesos y gigantescos bosques con las especies de árboles más grandes de la Tierra, todo tipo de frutos y numerosos animales desconocidos. Además, enumera sus ciudades y las grandes obras que las caracterizaron: espléndidas acrópolis, un grandioso palacio real y el Templo de Poseidón, un enorme canal para las comunicaciones y gran cantidad de puertas, torres, fosos y canales más pequeños, que permitían su defensa (GARCÍA ESTEBÁNEZ, 2006: 105-112).

Con los siglos, el mito narrado por Platón se convertirá en el gran referente de civilización perdida, motivando el estudio e imaginación de enorme cantidad de intelectuales desde la Antigüedad a la Edad Moderna, y estimulando las exploraciones en busca de ricas tierras perdidas, que en cierto momento se asociarán también con el continente americano, un verdadero cofre de riquezas (MÉNDEZ AGUIRRE, 2018). Como hemos avanzado, el caso más relevante de este renacer del mito de los atlantes en la Edad Moderna es el del jesuita alemán Athanasius Kircher, conocido por su amplia, erudita y críptica obra en diversos saberes, que realiza en los años treinta del siglo XVII un apasionante viaje vulcanológico por el sur de Italia, estudiando estratos, fósiles y el propio cráter del Vesubio, como si de un nuevo Plinio se tratase (GODWIN, 1979) (GÓMEZ DE LIAÑO, 2001). Sus impactantes estudios vulcanológicos dieron lugar a la magníficamente ilustrada obra *Mundus Subterraneus* (1664 – 1665), que cuenta con una reproducción imaginaria de la Atlántida, situada en el océano homónimo entre África, la península Ibérica y América (**Fig. 6**). Según reza la inscripción la isla, descrita por Platón, está situada en el centro del mar océano y fue poblada por habitantes originarios de Egipto. La orientación del mapa está de nuevo invertida, con el sur en la parte superior, y la isla responde a algunas de las características avanzadas por Platón: una gran montaña en su centro, sede de la principal acrópolis atlante, y grandes ríos surcando sus laderas. Recordemos que de la obra de Athanasius Kircher toma Carlos de

Sigüenza y Góngora la idea de los indios occidentales descendientes de Neptuno y sus atlantes, a su vez descendientes de los egipcios de Mysraim, de Cam y de Noé, que habría salido del mismo continente americano antes del Diluvio, convirtiéndolo, como hemos visto, en el Paraíso, al que volverá el ser humano gracias a los habitantes de la Atlántida. Un último elemento a tener en cuenta es la enorme similitud entre la forma de la isla de este grabado, y la forma de América del Sur en alguno de los magníficos atlas contemporáneos, sobre todo en el de Abraham Ortelius y en el que se inserta en la obra de Antonio de León Pinelo, una evidencia más de que en ciertos ámbitos intelectuales estaba ampliamente difundida la idea de identificar América con el Edén y con la descendencia de los atlantes.

Figura 6: *Insula Atlantis.*



Fuente: En Athanasius Kircher, *Mundus subterraneus, quo universae denique naturae divitiae*, 1664 Roma. Biblioteca Nacional de España.

Hemos visto, hasta el momento, como una serie de eruditos europeos y americanos redactan obras de enorme complejidad en las que justifican la existencia de la Atlántida o el Edén, y su localización en el océano Atlántico o América del Sur. Sin embargo, la mayor parte de estas teorías no dejaron de ser complejas obras retóricas barrocas, que pudieron incidir en mayor o menor medida en las artes visuales, ser tomadas más o menos en serio por las autoridades eclesiásticas o civiles e impactar de una manera u otra en la mentalidad de los viajeros hacia América en los siglos XVI y

XVII, pero difícilmente generar acciones concretas. Encontramos una excepción notable a esta máxima, la de una tradición rastreable en algunas de las Flotas de Indias de los años centrales y finales del siglo XVII, que llegaron a festejar el cruce de los trópicos con ceremonias dedicadas a Neptuno, señor del centro del océano, fundador de la civilización de la isla que Kircher situaba en ese mismo lugar. En 1775 tiene lugar el viaje del marqués virrey de las Amarillas a la Nueva España, narrado por el *Diario particular del viaje que sigue un virrey* del ingeniero catalán Diego García Panes, que detalla el viaje desde Sevilla a México del virrey (GARCÍA PANES, 1994). Además, la virreina Luisa María Ahumada llevará su propio diario y notas de viaje, posteriormente puestas en verso por su secretario, Antonio de Ribadeneira, que narra un llamativo festejo en alta mar, cuyos preparativos se inician a cuatro días de la llegada al Trópico de Cáncer (RIBADENEIRA, 1757).

La crónica dice que los marineros acostumbraban a llamar a esta especie de ritual de paso *Neptunal*, ya que “a obsequio de Neptuno se dirige, en tanto que este sus Caballos rige” (RIBADENEIRA, 1757). Parece que se trataba de una mojiganga que festejaba la buena suerte en la navegación, en la que se presentó ante la corte uno de los marineros vestido de Neptuno, con tridente, y rodeado de pescados y conchas, como recién salido del mar. A continuación, se descolgaron del mástil mayor del barco, como si de una fiesta de Palo Volador se tratase, doce nuevos marineros, que se identificaron como distintas figuras allegadas al dios de los mares, una especie de representación teatralizada de una demanda de Neptuno a los pasajeros de la nao del virrey marqués de las Amarillas, para cruzar el Trópico. Neptuno se presenta escupiendo peces, que Ribadeneira asemeja a los pecados del paganismo, y acaba siendo atrapado por la cristiana flota hispánica y devuelto al mar. Aunque estos imaginarios míticos no llegasen a generar empresas políticas de gran calado, más allá de festejos y proyectos editoriales, su presencia constante en círculos intelectuales es la que, en buena medida, explica viajes de descubrimiento y exploración que, sobre todo en los siglos XVI y XVII, si tuvieron un amplio protagonismo en la política americana.

Ofir y la búsqueda de las ciudades de oro

La cartografía europea barroca significó un verdadero salto adelante respecto a sus predecesoras más inmediatas: las costas y principales territorios del planeta se iban

completando y magníficas colecciones de mapas del mundo se imprimían y difundían por todo el orbe. Sin embargo, a juzgar por algunas de las empresas que desde Lima, Cuzco o Ciudad de México se llevarán a cabo hasta bien avanzados los siglos de la Edad Moderna, aún quedaba espacio para la imaginación y búsqueda de ciudades perdidas, reinos milenarios o territorios llenos de oro y riquezas. América había sido descubierta, era un cofre de riquezas real, pero faltaba mucho por explorar en este nuevo y enorme continente, y la motivación para ello se encontró, de nuevo en la búsqueda de espacios ocultos llenos de una inusitada riqueza.

A los referentes ya enumerados de la Atlántida y el Paraíso, cabría añadir un tercer espacio, que en esta ocasión tiene de nuevo su origen en las sagradas escrituras, el de Ofir, un misterioso reino, región o puerto de gran riqueza³. En *Crónicas*, en plena elección de Salomón como sucesor, David enumera las riquezas con las que ha envuelto la casa de Dios, a la que además ha donado “tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata refinada para cubrir las paredes de las casas” (*Crónicas*, 29:4, REINA-VALERA, 1960). En Job se referencia las “piedras de arroyos de Oro de Ofir” (*Job*, 22:24, REINA-VALERA, 1960), y que la sabiduría no puede ser apreciada “con oro de Ofir, ni con ónice precioso, ni con zafiro” (*Job*, 28:16, REINA-VALERA, 1960), y las referencias siguen en *Salmos* e *Isaías*. Era, en definitiva, una región lejana de Israel, a la que había que llegar cruzando el mar, y desde la que Salomón recibiría cargamentos de oro, plata, marfil, pavos reales, monos y sándalo. La ubicación del bíblico Ofir sigue siendo desconocida, aunque probablemente debía ser una referencia a las riquezas que llegaban a las costas palestinas desde las tierras al sur del Mar Rojo, bien desde la costa del actual Yemen, bien desde el Cuerno de África o incluso desde más allá, la India o el sur del continente africano. En todo caso, se trataba de una ciudad o reino perdido, legendario, al que se llegaba tras surcar mares, y que no tardará en impregnar la cultura simbólica americana, un territorio verdaderamente al otro lado de un océano (DEL CASTILLO, 2014).

La influencia del Ofir bíblico en el imaginario mítico americano es rastreable en una doble vía: en primer lugar, y de forma indirecta, en la búsqueda de ricas ciudades de oro y piedras preciosas; y en segundo lugar con referencias directas a Ofir. Entre los

³ Aunque priorizamos el territorio, la Biblia también se refiere a Ofir como uno de los 13 hijos de Joctán, que a su vez sería heredero de sexta generación de Sem, otro de los hijos de Noé, como lo era el propio Cam, origen de la leyenda de la repoblación de América tras el Diluvio.

primeros ejemplos destacamos la búsqueda de tres ciudades perdidas que compondrán una verdadera mitología virreinal americana: El Dorado, Paititi y Ciudad de los Césares, convertidas en verdaderos iconos de la exploración americana por el imaginario contemporáneo. La más conocida entre las ciudades legendarias americanas, El Dorado, debía ser una ciudad hecha completamente de oro puro, desde los templos a los adoquines de las calles, citada en crónicas de exploradores ingleses y españoles en larguísimas exploraciones selváticas, entre la Nueva Granada y el norte del Perú. La leyenda se origina en torno a 1530, cuando el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada encuentra la ciudad de Muiscas, en los Andes colombianos, y llegan a Quito rumores sobre la leyenda del “Indio Dorado”, un personaje vestido por completo con atuendos áureos, que poco a poco se convierte en una ciudad dorada, un reino áureo, o un imperio de oro, en definitiva, El Dorado.

Diversos autores han relacionado la leyenda con la ceremonia del indio dorado y con la conocida pieza *Balsa de Pasca*, conservada en el Museo del Oro de Bogotá, una representación de esta misma ceremonia, narrada además por Juan Gómez Freyle, en *El Carnero* (1638). El oro, como en Ofir, era la principal motivación para la exploración del interior del continente, y para la creación de un imaginario que mantuviese vivo durante décadas la ambición de hallar estas ciudades doradas (VON HAGEN, 1974). Destaca también la cortesana Paititi, legendaria ciudad o reino perdido de los incas, que se escondería en algún lugar entre Perú, Bolivia y Brasil. La leyenda se origina en el siglo XVI, con autores como Vaca de Castro, Pedro Sarmiento de Gamboa o Juan Álvarez Maldonado, y ya en el siglo XVII aparece como un reino amazónico en las *Crónicas de Lizarazu* (1635), donde se cuenta que el inca Guaynapoac va de Cuzco a Paititi, donde reina su padre, y allí se refugia, con el oro del reino (TYULENEVA, 2003: 193-212; COMBÈS y TYULENEVA, 2011). Se trataba de la última de las ciudades perdidas de los incas, en la que habrían recibido refugio tras la caída de Cuzco grandes y ricas familias nobles. Aunque son incontables las leyendas y ciudades legendarias en el imaginario virreinal americano, habría que destacar por último la Ciudad de los Césares, también conocida como la Ciudad Mágica o Errante de la Patagonia. El origen de esta ciudad, aúna tres leyendas diferentes, por un lado la del viaje de Francisco César en 1528 hacia el Río de la Plata, en el que encontró una preciosa ciudad, totalmente enjoyada, que otros exploradores buscaron como “la de

César”, llamando a sus habitantes “los Césares”, y que por tanto da nombre a la mítica urbe; en segundo lugar, como en Paititi, la búsqueda de los incas huidos con las riquezas imperiales; y por último, las noticias del establecimiento de naufragos españoles cerca del Estrecho de Magallanes, que supuestamente portaban en su nave las riquezas del inca. Todas estas leyendas acaban por convertirse en una sola, y exploradores como Diego de Rojas (1543) o Villagra (1551), buscarán, al sur del Río de la Plata, la rica ciudad de la que habló Francisco César (NOCETTI, 2011). Estas leyendas tienen diversos puntos estratégicos en común con el conocido caso medieval del Reino del Preste Juan, ya que si éste reino se utilizó como acicate para que los cruzados no cesaran en sus intentos de reconquistar Tierra Santa, las ciudades de Paititi, El Dorado, Cíbola o Quivira, tras la caída de Cuzco y Tenochtitlan, y la fundación de Puebla o Lima, animaban a los exploradores a ir más allá, a no quedarse en las fértiles llanuras o en las ricas cuencas mineras, a aventurarse en las tierras más extremas de Patagonia, la Amazonia y los desiertos de Sonora y Arizona.

En segundo lugar, cabe destacar dos episodios en que se hace referencia directa al Ofir citado en la Biblia en la América Virreinal. Primeramente, la expedición que parte de El Callao en 1567, por orden del presidente de la Real Audiencia Lope García de Castro, y capitaneada por el leonés Álvaro de Mendaña. El origen de esta expedición marítima, y el de su sucesora en 1595, lo encontramos en las noticias que se recogen en diversas comunidades quechuas sobre la existencia de unas islas a occidente rebosantes de oro, que en la corte limeña se identifican con Ofir, puerto al que, no olvidemos, se debía llegar tras una larga travesía marítima. El resultado de esta expedición es el contacto con las Islas Salomón, que toman justamente su nombre del rey bíblico que recibía los preciosos cargamentos de Ofir, y que será también protagonista de la última de las referencias que haremos a este bíblico reino, en este caso en un interesante constructo simbólico barroco. Se trata del volumen *Arcae Limensis. Gazophilatium Regium Peribicum*, un tratado sobre la hacienda y riquezas del reino del Perú publicado en 1647 en Madrid, y escrito por Gaspar de Escalona Agüero. Este importante jurista nació en La Plata, actual ciudad boliviana de Sucre, en 1590, y ocupó cargos como visitador o comisionado de juicios de residencia, hasta ser nombrado en 1639 corregidor de Cochabamba y al año siguiente de Jauja, donde empieza su verdadero interés por el estado de los trabajadores de las minas y por los ingresos que producían las mismas,

asunto que le ocupa en el volumen que nos interesa. Lo más llamativo del personaje para este texto es que sus estudios de derecho en la ciudad de Lima se produjeron en compañía de Antonio de León Pinelo, central en el análisis paradisíaco de América del primer apartado, conformando un verdadero círculo intelectual aficionado a las interpretaciones simbólicas de textos bíblicos y su adaptación a la realidad americana. Nos interesa la portada que idea para la primera edición, grabada posteriormente por Juan de Noort, donde las referencias crípticas a Ofir están marcadamente presentes (**Fig. 7**).

La estampa está protagonizada por el monarca Felipe IV, cuyo trono reposa nada menos que sobre el Arca de la Alianza, con patas leoninas, que se ha convertido para este volumen en el “arca limensis”, una alusión a las riquezas peruanas sobre las que se sustenta la monarquía, asunto al que se dedica el tratado. No es la única referencia salomónica, ya que los cortinajes corridos que apartan dos querubines – acompañados en la parte inferior por las alegorías de Europa y América- y el dosel sobre la cabeza del monarca aluden al Templo de Jerusalén, y relacionan esta escena directamente con la tradición visual estudiada por Víctor Mínguez, que convierte a los monarcas hispanos en monarcas salomónicos, desde la concepción de El Escorial a la Sala de los Espejos del Real Alcázar en tiempos de Carlos II (MÍNGUEZ, 2007: 19-57, 2013: 127-143)⁴.

⁴ Para el análisis de esta tradición visual, ver: (MÍNGUEZ, 2007: 19-57). Para el impacto de esta tradición en el reinado de Carlos II, ver del mismo historiador (2013: 127-143).

Figura 7: Portada de *Arcae Limensis*.



Fuente: En Gaspar Escalona Agüero, *Arcae Limensis. Gazophilatium Regium Peribicum*, Madrid, 1647. Biblioteca Nacional de España.

Las Doce Tribus de Israel se han convertido en esta ocasión en las veintidós regiones indígenas tributarias, representadas por indios vestidos con atuendos tradicionales de cada zona: Chuquiabo, Oruro, Potosí, Cuzco, Trujillo, Huánuco, Paita, Cajamarquilla, Chachapoyas, Guayaquil, Loja, Quito, Cali, Nuevo Potosí, Huancavélica, Castrovirreina, Arica, Arequipa, Carabaya, Cailloma, Buenos Aires y Vilcabamba. De todas ellas destaca Potosí, no solo por la ubicación en la parte superior central del marco, sino también porque sus minas son las que funcionan de fondo al monarca entronizado: dos grandes cerros rozan las nubes, mientras en su parte central podemos observar, de forma muy esquemática, una serie de trabajadores en grandes

simas en las laderas. Uno de ellos está coronado por el sol, y el otro por la luna, mientras entre ambos una inscripción latina alude a la dignidad de los trabajadores, ya que literalmente “solo los más justos lograrán el ingreso en el cielo”, una defensa de la protección a los indígenas a la que también se refiere Agüero en el texto. En la parte inferior de la estampa, aparece una flota surcando los mares, envuelta de escenas alegóricas, como la matrona con penacho de plumas y cornucopia que alude al mismo tiempo a América y a la Abundancia, el dios Neptuno o la Vigilancia, en el hombre con cayado y el cuerpo repleto de ojos. La interpretación más obvia sería la de una flota de Indias surcando el Atlántico para llevar las riquezas peruanas a Europa. Sin embargo, los versículos de los Salmos repartidos por la escena conducen a otro lugar, justamente a las riquezas de Ofir: se trataría, por tanto, de una flota israelita que proporcionaría las riquezas de la legendaria ciudad para sufragar el Templo de Jerusalén y mantener la monarquía salomónica, una referencia simbólica que hábilmente el autor traslada a Felipe IV, nuevo Salomón, y a Potosí, nuevo Ofir americano (CAÑIZARES-ESGUERRA, 2012).

Los cerros que aparecen en la parte posterior tienen, además, claras coincidencias con las representaciones convencionalizadas del Cerro Rico de Potosí, el principal centro minero de la ciudad: una montaña triangular, surcada por caminos y trabajada en sus oquedades por grupos de indígenas. No solo vistas urbanas y estampas del cerro en grabados comparten esta visualidad, también el particular tipo iconográfico de la Virgen del Cerro Rico, en la que la sierra se convierte en una Virgen María, casi una madre-tierra de riquezas, coronada por la Trinidad y, como en la estampa de Noort, con el sol y la luna a sus lados (Fig. 8). En la versión del Museo de la Moneda de Potosí, del siglo XVIII, se muestra además al papa Pablo III y al emperador Carlos V, patronos de la fundación de la ciudad, arrodillados frente a un orbe con la sierra, y al fondo a un personaje vestido de monarca incaico, que muestra a los europeos las riquezas del verdadero Ofir americano: el Cerro Rico potosino (GISBERT MESA, 1994: 17-18).

Figura 8: Anónimo, *La Virgen del Cerro Rico de Potosí* (s. XVIII).



Fuente: Museo Nacional Cada de la Moneda, Potosí.

Del Atlántico al Pacífico: en busca de Cíbola y Quivira

En el Virreinato del Perú la ambición de capitanes, soldados y conquistadores en busca de ciudades repletas de oro en las selvas del centro del continente será una de las principales motivaciones para seguir fomentando la ocupación y colonización de las tierras comprendidas a oriente de Quito y Cuzco, al sur de Cartagena y Santa Cruz y al occidente de Buenos Aires. En el caso de la Nueva España, las tierras entre Acapulco y Veracruz, y entre Guatemala y Nicaragua, son añadidas de forma relativamente rápida al control hispano, y divididas en reinos, gobernaciones y audiencias. Sin embargo, en este caso quedaba un territorio ignoto al norte: más allá de las ciudades de Zacatecas y San Luis Potosí el control sobre el territorio se diluía, los caminos reales eran poco menos que sendas polvorientas, y los asentamientos -bien en forma de colonia civil,

presidio militar o misión religiosa- tenían muy corta duración ante los problemas de abastecimiento y de ataques de comunidades indígenas que vivían más al norte. Del mismo modo que las noticias de El Dorado, Paititi o la Ciudad de los Césares habían activado expediciones, reconocimientos y asentamientos en el sur, en la Ciudad de México empezarán a recibirse noticias de nuevas ciudades envueltas en riqueza y misterio en las grandes llanuras del norte del virreinato. En este caso, el hito fundacional de la aparición de Cíbola y Quivira en el imaginario mítico americano es la fracasada llegada de Pánfilo Narváez a la Florida, como gobernador, en 1528. Su misión era la de sustituir al desaparecido Juan Ponce de León, primer adelantado de La Florida y gobernador de Puerto Rico, que había intentado conquistar el territorio de la península, según algunos de sus acompañantes imbuido por los mitos clásicos, en este caso el de la Fuente de la Eterna Juventud. Los problemas empezaron antes de llegar a la península, y las muertes y enfrentamientos con los indígenas se sucedieron en tierra, hasta que en constante huida solo llegaron a las costas del actual estado de Texas cuatro de sus integrantes: Alvar Núñez de Vaca, que escribirá el relato *Naufragios*, publicado por primera vez en Zamora en 1542, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes del Carranza y el esclavo africano Esteban Dorantes, Estebanico en la mayoría de las fuentes. Su llegada en 1532, tras cuatro años vagando a pie por las llanuras del norte del territorio, al puesto avanzado de San Miguel de Culiacán, fundado el año anterior, significó una verdadera revolución en la exploración del septentrión americano, ya que volvieron con noticias de grandes ciudades, repletas de oro y riquezas, que debían estar situadas, según las advertencias de las comunidades indígenas a las que Núñez de Vaca describe como pobres y hambrientas, todavía más al norte (NÚÑEZ CABEZA DE VACA, 1542).

Las noticias de estas ricas ciudades llegarán pronto a Ciudad de México, y el 23 de julio de 1536 los cuatro supervivientes eran recibidos en la corte por el virrey Antonio de Mendoza y por el conquistador Hernán Cortés, donde el franciscano fray Marcos de Niza, sin ninguna base, las relacionará con otro de los grandes mitos de la tardía Edad Media, la leyenda de las Siete Ciudades. Ésta hunde sus raíces en la conquista islámica de la península ibérica, cuando supuestamente siete obispos - portugueses en las primeras versiones, castellanos posteriormente- huyen de la dominación musulmana en siete navíos, junto a parte de los habitantes de sus diócesis.

Llegarán a una isla en el océano Atlántico, donde fundarán siete ciudades distintas y quemarán las naves, de manera que nadie tuviese la tentación de volver. Las ciudades se sustentarán en las riquezas de la Hispania tardo antigua, que habrían sido escondidas por estos siete obispos, en una sugerente conexión con lo que ocurre más tarde con los tesoros del inca o de Moctezuma. Tempranamente esta isla recibirá el nombre de Antilia, ubicada en el medio del Atlántico y, como podemos adivinar, muy acorde con los mitos de la Atlántida y las reinterpretaciones que de los mismos se hacen en la Edad Moderna. Esta isla, con este nombre, es localizada por primera vez en el portulano de Zuane Pizzigano (1424), con una peculiar forma rectangular (Fig. 9).

Figura 9: Zuane Pizzigano, *Portulano* (1424).



Fuente: James Ford Bell Library, Minneapolis. En el Atlántico, y con forma rectangular roja, aparece la isla de Antilia, hogar de las Siete Ciudades de la leyenda medieval.

Miguel Betti ha identificado la misma isla, con la misma forma, de manera bastante amplia en la cartografía del siglo XV: Battista Beccario (1435), Andrea Bianco (1436), Bartolomeo Pareto (1455), Francesco Roselli (1468), Grazioso Benincasa (1482), Albino de Canepa (1489), e incluso en el siglo XVI en obras como la de Johann Ruysch (1507 – 1508), Abraham Ortelius (1570), Gerardus Mercator (1587), donde ya aparece con el nombre de “sept cites” sobre el Trópico de Cáncer (BETTI, 2019, pp.

145-169). El cambio de nombre a mediados del siglo XVI se debe, precisamente, a que Hernando de Colón y otros conquistadores identifican esta Antilia con La Española, pudiendo haber recibido el archipiélago antillano su nombre en castellano de la mítica isla de la Siete Ciudades (GIL, 1992). En un mapamundi anónimo del año 1508, conservado en el Museo Británico, sobre la enorme extensión de América del Norte se lee *Septem Civitates*, y a lo largo de la costa los nombres de las supuestas siete ciudades, mientras sobre el océano se lee *Antiglia*. (DAVIES, 1954) (BETTI, 2019). La leyenda estaba empezando a trasladarse desde el Atlántico al continente.

El virrey Antonio de Mendoza se interesa inmediatamente por el asunto, y decide enviar justamente a Marcos de Niza, guiado por Estebanico, a localizarlas (BETTI, 2019). El contingente sale de San Miguel de Culiacán en 1538 hacia las tierras del actual Nuevo México, y la *Relación* de Marcos de Niza cuenta repetidamente como el africano se adelantaba varias leguas, y volvía con grupos de indígenas que portaban en ocasiones muestras de riqueza -oro, planta o corales de los mares del sur- y en otras cruces, evidencias de haber tenido contacto previo con cristianos, que justificarían la necesidad de evangelización en la zona (NIZA, 1539). Al final de su viaje, otro grupo de indios asegura a Niza que a treinta jornadas se hallaba la mayor ciudad del mundo, la primera de las Siete Ciudades, de nombre Cíbola, toda hecha de piedras y turquesas. Antes de tener que volver al sur, y tras el asesinato de Estebanico, Marcos de Niza llega a observar una ciudad desde un cerro, resplandeciente y al parecer más grande que la propia Ciudad de México. En todo caso, se había producido la definitiva traslación de la isla de las Siete Ciudades del Atlántico al interior del continente americano, y las originales ciudades fundadas por los obispos -Aira, Anhuib, Ansalli, Ansesseli, Ansodi, Ansolli y Con- se convertían en Anhua, Cíbola – topónimo que probablemente se asocia al castellano antiguo cíbolo, por la enorme cantidad de bisontes que poblaban aquellas llanuras- o Quivira. En las siguientes décadas, una enorme cantidad de expediciones saldrá en su búsqueda, y los topónimos y nombres de leyenda se confundirán, Cíbola, Quivira o Gran Quiviria harán referencia, de forma aleatoria, a ciudades, reinos, territorios o grandes extensiones.

Como ya se ha avanzado, el principal valedor de estas campañas es un personaje clave a la hora de erigir las instituciones de la Nueva España, el primer virrey, Antonio de Mendoza, cuya llegada se enmarca todavía dentro de la etapa de conquista,

colonización y descubrimiento del continente americano. Si Hernán Cortés se obsesionó con la búsqueda de Las Hibueras y la conquista de las selvas centroamericanas, dentro de este épico mundo de descubrimientos Mendoza destaca por la fundación en 1535 del conocido como Puerto de la Navidad -hoy Barra de la Navidad-, en las costas de Jalisco, plataforma de lanzamiento de gran cantidad de empresas de descubrimiento y conquista, muchas de ellas financiadas por el propio Mendoza, y lugar donde también se construían barcos, se juntaban las huestes marineras y se atraía a miles de indios para trabajar en astilleros o al servicio de descubridores (PIZANO Y SAUCEDO, 1964).

La mayor parte de expediciones a las islas del Pacífico, o a las costas del norte de la Nueva España, partirán de esta ciudad de marinos y prodigios hasta finales del siglo XVI, cuando será sustituida de forma definitiva por Acapulco, quedando el puerto de Mendoza en la ruina. Por tanto, la mayoría de las expediciones en búsqueda de las legendarias ciudades partirán, o bien desde San Miguel de Culiacán por tierra, o desde el Puerto de la Navidad hasta las costas de la actual California, y luego a pie. El impacto de las noticias de Álvar Núñez de Vaca y Marcos de Niza se evidencia con el listado de grandes marchas en busca de esa reluciente ciudad avistada por el franciscano: entre 1540 y 1542 la marítima de Francisco Vázquez de Coronado, que reconoce las costas de la actual California, y llega a un asentamiento indígena que llama Quivira, del que parte hacia el Cañón del Colorado; en 1540 el viaje a Cíbola de Pedro Castañeda de Nájera; en 1541 la expedición y muerte de Melchor Díaz en busca de Cíbola; en 1582 el viaje de Antonio de Espejo a lo que llama “provincia de Cíbola”, contactando con los pueblos de Zuño, Acoma, Amayes, Jumanes, Conchos, Pasajuates y Tobosos; en 1598 la expedición de Juan de Oñate por el territorio del actual Nuevo México, reconociendo las ciudades de Cíbola; en 1599 la de Juan de Humana al “Reino de Quiviria”, con dos misioneros y ochenta soldados; en 1606 de nuevo Juan de Oñate se interna desde Santa Fe de Nuevo México más de trescientas leguas, por los “llanos de Cíbola” para buscar la ciudad de Quivira; los mismos llanos son explorados en 1652 por Juan de Archuleta, que entra en contacto con los indios de Taos. En 1662 se produce el viaje de Diego de Peñalosa, y en una época tan tardía como 1719, la expedición de Villazur todavía tenía como principal ambición localizar la “Gran Quivira”. De las ciudades relucientes no hubo ni rastro, y Vázquez de Coronado no reconoció nada más de “pobreza y casuchas pequeñas de barro”. Sin embargo, la cartografía histórica se llenó de referencias a

Cíbola y Quivira en el confín de la Nueva España, en las llanuras no exploradas del norte de América, como sucede en los mapas de Nicolas Sanson (1650) o en el de Henry Chatelain (1720) (**Fig. 10**). El actual estado de Nuevo México sigue contando con referencias a la búsqueda de estas prodigiosas ciudades, como las ruinas de Gran Quivira del pueblo de Las Humanas o el condado de Cíbola, al oeste del estado.

Figura 10: Nicolas Sanson, *Mapa de la América Septentrional*, 1650.

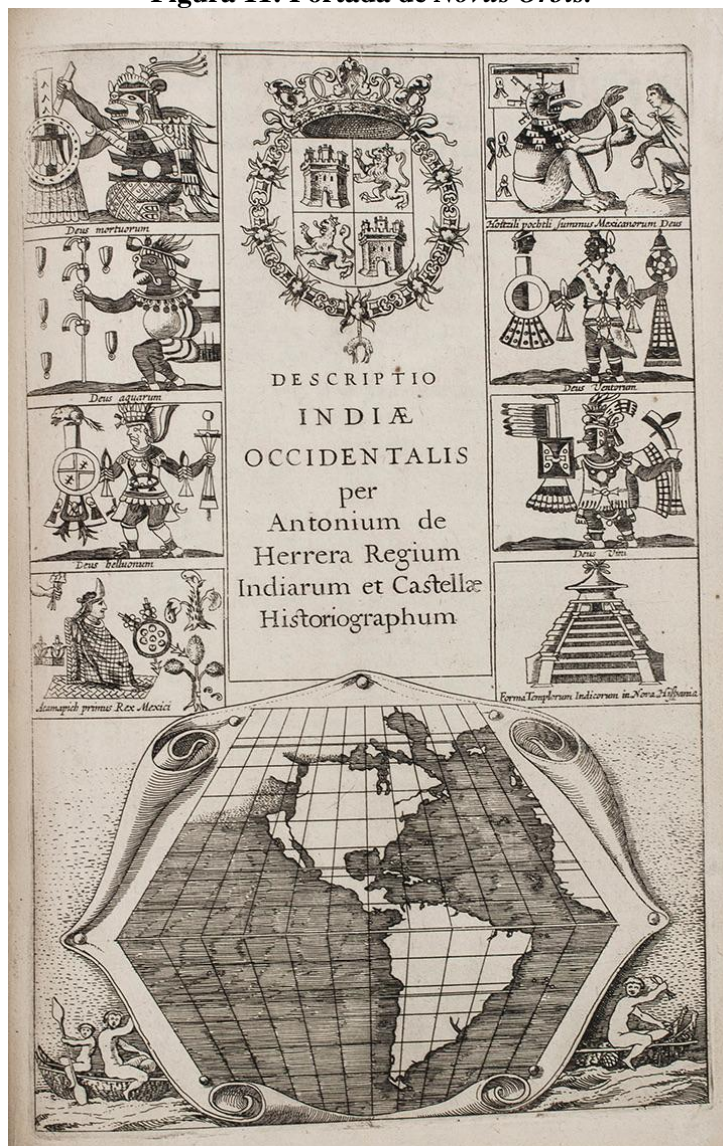


Fuente: Library of Congress, Washington (Estados Unidos). Notar el desconocimiento cartográfico del noroeste del territorio, donde aparece California como una isla y el topónimo Cíbola en el confín de las tierras de la Nueva España.

Postrimerías. La isla de la reina Calafia y el fin de los mitos de exploración

En 1622 se publica en Ámsterdam el volumen *Novus Orbis, sive descriptio Indiae Occidentalis* de Antonio Herrera, con una portada figurativa obra de Michel Coljin que muestra el escudo de la corona, diferentes escenas de códices y, en la parte inferior un mapa de América, que supuestamente era una copia exacta del mapa que entrega el hermano Antonio de la Ascensión, con una descripción del norte de la Nueva España, al Consejo de Indias en Sevilla, en octubre de 1620 (TOOLEY, 1964: 100) (**Fig. 11**).

Figura 11: Portada de *Novus Orbis*.

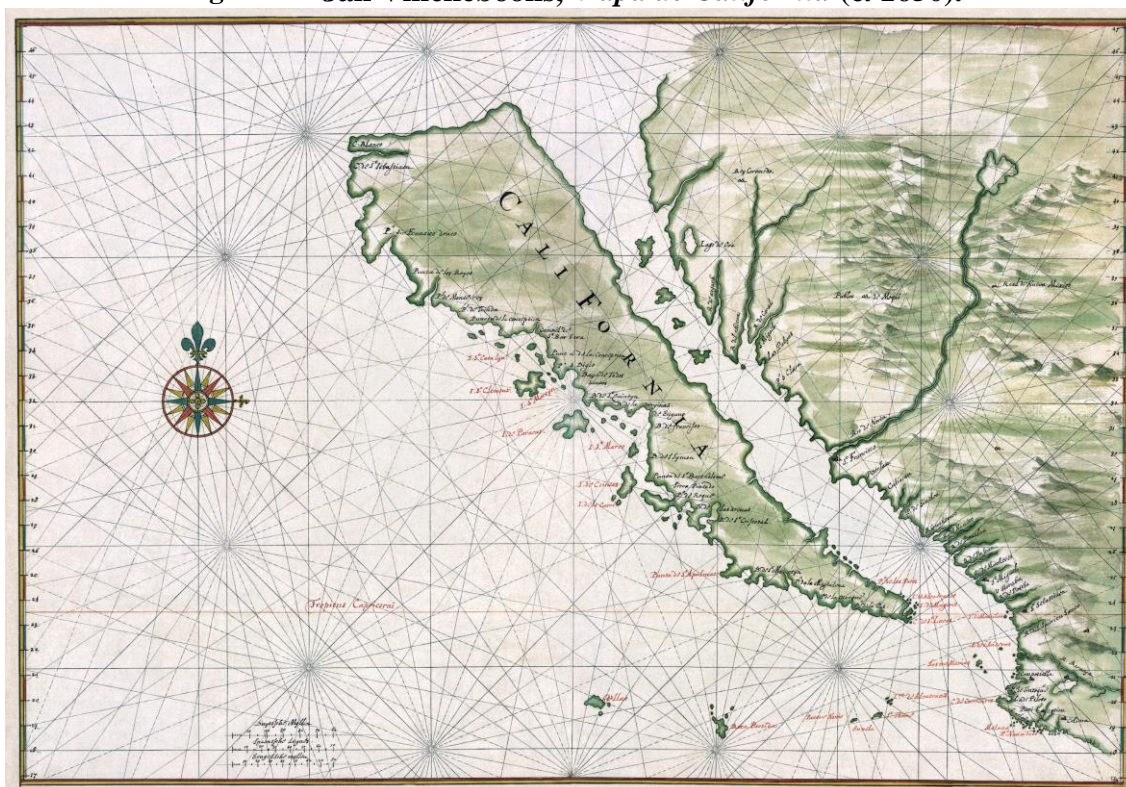


Fuente: En Antonio Herrera, *Novus Orbis, sive descriptio Indiae Occidentalis*, 1622, Ámsterdam. Biblioteca Nacional de España.

El mapa muestra uno de los errores cartográficos más populares de la historia, el que representa a California como una isla, completamente separada del continente, al entender que el alargado Golfo de California era en realidad un estrecho, que conectaba con el Golfo de San Lorenzo, y por tanto con el Atlántico. En realidad, había constancia de que California no era una isla al menos desde 1540, con el retorno de la expedición de Francisco de Ulloa, que alcanza las bocas del Colorado y advierte que Baja California es una península. Sin embargo, este error se repetirá en las décadas

siguientes, sobre todo en mapas y libros flamencos y holandeses, con ejemplos tan notables como la portada del doceavo volumen de los *Grandes Voyages* de Theodor de Bry (1623), el *Mapa de América* de Nicolas Sanson (c.1650) o *Mapa de California* de Jan Vinckeboons (c. 1650) (Fig. 12).

Figura 12: Jan Vinckeboons, *Mapa de California* (c. 1650).



Fuente: Library of Congress, Washington (Estados Unidos).

Más bien se trata, de nuevo, de la adaptación de la realidad geográfica americana a mitos y leyendas que provienen de Europa, y que en esta ocasión tienen como protagonista una novela de Garci Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, publicada en 1510 como una suerte de segunda parte del *Amadís de Gaula*. Entre las aventuras de Esplandián, hijo primogénito de Amadís y Oriana, se encuentra el amorío con Calafia, la reina de las amazonas, que viven en una isla que el autor describe de una manera realmente sugerente:

“a la diestra mano de las Indias existe una isla llamada California muy cerca de un costado del Paraíso Terrenal; y estaba poblada por mujeres negras, sin que existiera allí un hombre, pues vivían a la manera de las amazonas (...). Sus armas eran todas de oro y

del mismo metal eran los arneses de las bestias salvajes que ellas acostumbraban domar para montarlas, porque en toda la isla no había otro metal que el oro.” (RODRÍGUEZ DE MONTALVO, 1510).

De nuevo, la identificación con un territorio mítico está activándose, una isla llena de oro que debía atraer la mirada de los grupos de exploradores y conquistadores que aún se encontraban en América. Además, la referencia a la cercanía al Paraíso Terrenal insiste en las teorías del nuevo continente como un Edén, en la línea en que posteriormente incidirá Antonio León Pinelo. Sin embargo, California es un buen ejemplo para concluir este recorrido por los territorios virreinales del mito, por dos razones. En primer lugar, porque como el inexistente estrecho entre el Pacífico y el Golfo de San Lorenzo, marca la traslación del mito desde el Atlántico a la costa occidental americana. En segundo lugar, porque ejemplifica el final de una época, el final de una manera de entender la exploración del mundo. Los mapas de Ortelius (1570) y Mercator (1587) ya muestran California como una península, y el primer intento serio de establecimiento en la misma, desde 1694 y por parte del padre Eusebio Kino, significará el inicio del sistema de misiones. California había dejado de ser una isla, y la exploración de nuevos territorios había abandonado la épica búsqueda de ciudades llenas de oro por parte de aguerridos capitanes, para rendirse a la más prosaica y efectiva labor de los hermanos misioneros, jesuitas en el siglo XVII y franciscanos en el siglo XVIII.

Bibliografía

Fuentes primarias

- COLÓN, H., (1985). *Historia del Almirante*, Madrid: Historia 16.
- DE LA CRUZ, J. I., (1680). *Neptuno alegórico*, Ciudad de México.
- DE NIZA, M. Fr, (1539). *Relación*, Ciudad de México.
- ESCALONA AGÜERO, G., (1647). *Arcae Limensis. Gazophilatium Regium Peribicum*, Madrid.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., (1535). *Historia general y natural de las Indias Occidentales, islas y tierra firme del Mar Océano*, Sevilla.
- GÓMEZ FREILE, J., (1638 [1859]). *El carnero*, Bogotá: editorial.
- KIRCHER, A., (1655). *Oedipus Aegyptiacus*, Roma: Vitalis Mascardi.

- KIRCHER, A., (1664). *Mundus subterraneus, quo universae denique naturae divitiae*, Roma:
- LEÓN PINELO, A., (1656). *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales, Islas de Tierra Firme del Mar Océano*, Madrid:
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, A., (1542). *Naufragios*, Zamora: s/e.
- RIBADENEYRA, A., (1757). *Diario notable de la excelentísima señora marquesa de las Amarillas*, Ciudad de México: Imprenta de la Biblioteca Mexicana.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, G., (1510). *Las sergas de Esplandián*, Toledo:
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, C., (1680). *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un Príncipe*, Ciudad de México:
- VESPUCIO, A., (1502). *Cartas de viajes. Carta del 18 de julio de 1502*.

Fuentes secundarias

- ARAGÜÉS, J. y PELLICER, J., (2016). “Antonio de León Pinelo. El Paraíso en el Nuevo Mundo (antología)”. En M. PÉREZ (Coord.), *Libros desde el Paraíso. Ediciones de Textos Indianos* (pp. 75 - 95), Madrid: Iberoamericana-Vervuert, Madrid.
- BETTI, M., (2019). “La leyenda de las Siete Ciudades en el Virreinato de la Nueva España (siglo XVI)”. *Boletín Hispánico Helvético*, N°33-34, pp. 145 – 169.
- CAÑIZARES-ESGUERRA, J., (2012). “Whose Apocalypse? A new mercantile meaning of “the End” in the New World circa 1600”. *The Appendix*, vol.1 (edición digital).
- CHIVA, J. (2012). *El triunfo del virrey. Glorias novohispanas: origen, apogeo y ocaso de la entrada virreinal*, Castellón de la Plana: Universitat Jaume I.
- COMBÈS, I. y TYULENEVA, V., (eds.) (2011). *Paititi. Ensayos y documentos*, Cochabamba: Editorial Itinerarios.
- CUADRIELLO, J., (2018). “Anónimo. Alegoría de la Monarquía Española con los reinos de México y Perú”. En *Pintado en México, 1700 – 1790* (pp. 424-425). Ciudad de México: LACMA y Banamex.
- DAVIES, A., (1954). “The Egerton MS. 2803 Map and the Padrón Real of Spain in 1510”. *Imago Mundi*, N° 11 , pp. 47-52.
- DEL CASTILLO, A., (2014). “Un análisis de geografía histórica: Ofir y Tarsis en la Biblia”. En *Libro jubilar en homenaje al profesor Antonio Gil Olcina* (pp. 655 - 669). Alicante: Universidad de Alicante.
- DELUMEAU, J., (2005). *Historia del Paraíso. I. El Jardín de las Delicias*, Madrid: Taurus.
- GARCÍA ESTÉBANEZ, E., (2006). “La Atlántida en el Critias”. En F. BACON, *Nueva Atlántida* (pp. 105-112). Madrid: Akal.
- GARCÍA PANES, D., (1994). *Diario particular del camino que sigue un virrey de México desde su llegada a Veracruz hasta su entrada pública en la capital*, Madrid: CEHOPU.
- GIL, J., (1992). *Mitos y utopías del descubrimiento: I. Colón y su tiempo*, Madrid: Alianza.
- GISBERT MESA, T., (1994). *Iconografía y mitos indígenas en el arte*, La Paz: Fundación BHN.
- GODWIN, J., (1979). *Athanasius Kircher. A Renaissance Man and the Quest for Lost Knowledge*, Londres: Thames & Hudson.
- GÓMEZ DE LIAÑO, I., (2001). *Athanasius Kircher. Itinerario del éxtasis o las imágenes de un saber universal*, Madrid: Siruela. -

- GUTIÉRREZ HACES, J., (2006). “Cristóbal de Villalpando, “Adán y Eva en el Paraíso”. En *Revelaciones. Las artes en América Latina, 1492-1820* (pp. 324-337). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- MÉNDEZ AGUIRRE, V. H., (2018). “La interpretación histórica-geográfica del mito platónico de la Atlántida”. *Limes. Revista de estudios clásicos*, N° 29, pp. 8-110.
- MÍNGUEZ, V., (2007) “El rey de España se sienta en el trono de Salomón. Parentescos simbólicos entre la casa de David y la Casa de Austria”. En V. MÍNGUEZ (Ed.), *Visiones de la Monarquía Hispánica* (pp. 19-57). Castellón de la Plana: Universitat Jaume I.
- MÍNGUEZ, V., (2011). “Un collar ígneo para un vellocino áureo. Iconografía de la orden del Toisón de Oro”. En F. CHECA CREMADES y J. MARTÍNEZ CORRECHER Y GIL (Dirs), *La Orden del Toisón de Oro y sus soberanos. 1431-2011* (pp. 75-96). Madrid: Fundación Carlos de Amberes.
- MÍNGUEZ, V., (2013). *La invención de Carlos II. Apoteosis simbólica de la Casa de Austria*, Madrid: Centro de Estudios de Europa Hispánica.
- MÍNGUEZ, V. y RODRÍGUEZ MOYA, I., (2020). *El tiempo de los Habsburgo. La construcción artística de un linaje imperial en el Renacimiento*, Madrid: Marcial Pons.
- MÍNGUEZ, V., (2021). “La estirpe de Cam. Imagen e integración del indio en la fiesta virreinal”. En I. ÁLVAREZ CUARTERO y A. BAENA ZAPATERO (Eds.), *En compañía de salvajes. El sujeto indígena en la construcción del otro* (pp. 81-199). Madrid: Iberoamericana Vervuert,
- MORGAN, K. A., (1998). “Designer history: Plato’s Atlantis story and the fourth-century ideology”. *The Journal of Hellenic Studies*, N°118, pp. 101-118.
- NOCETTI, O., (2011). *Relaciones de la Jornada a Los Césares 1625*, Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- PELLICER, R., (2009). “*Continens Paradisi*: el libro segundo de *El Paraíso en el Nuevo Mundo* de Antonio de León Pinelo”, *América sin nombre*, N° 13-14, pp. 30-36.
- RUBIAL GARCÍA, A., (2010). *El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521 – 1804)*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica – UNAM.
- TOLLEY, R.V., (1964). *California as an island: a geographical misconception illustrated by hundred examples from 1625 to 1770*, Nueva York: Maps Collector’s Circle.
- TYULENEVA, V., (2003). “La leyenda del Paititi: versiones modernas y coloniales”. *Revista andina*, N° 36, pp. 193-212.
- VON HAGEN, V. W., (1974). *Golden man. Quest for El Dorado*, Londres: Saxon House.
- WUFFARDEN, LUIS EDUARDO (2002). “Iglesia y colegio de Santiago, Arequipa, Perú”. En L. E. ALCALÁ (Coord.), *Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica* (pp. 148-162). Madrid: Fundación Ibedrola.